



EL REY BASILIO DE DINAMARCA.

SEGUNDA PARTE.

YA dije, que la Princesa,
desesperada, y corrida,
con la respuesta del Conde,
á su cuarto se retira,
y de sus hermosos ojos
disparando baterias
en municiones de perlas,
las rosas de sus mejillas
trístemente cultivaba,
y de esta suerte decia:
Ingrato, y aleve Conde,
mal pagastes mis caricias,
falsas fueron tus finezas,
y tus promesas mentidas:
cruel has sido conmigo
mas de leal te acreditas.
Finalmente se resuelve,
aunque con grandes fatigas;
en otorgar los conciertos,
que con Albania tenia.
El Conde cuando lo supo,

á el Rey suplicado habia,
le concediese licencia,
porque era cosa precisa
el volver á sus Estados,
segun su hermana le avisa:
por no hallarse al desposorio
de su Princesa divina.
El Rey, y toda su Côte,
sintió mucho su partida;
pero el Príncipe de Albania
apresuró su venida,
y en aceleradas marchas
llegó al Palacio, ó la Quinta
de la Duquesa Isabela,
hermana, que dije arriba
del Gran Conde Federico;
y á recibirle salia;
la Duquesa es muy hermosa,
y por extremo entendida,
es afable, y cariñosa,
y en efecto es toda linda.

El Príncipe vió sus ojos,
su discrecion, gallardia,
y Cupido le tiró
una flecha tan activa,
que el corazon le atraviesa,
y el alma quedó cautiva.
Yá no se acuerda del trato,
ni concierto á que venia:
solo á la Duquesa adora,
y á la Princesa no estima;
Porque solo la Duquesa
es objeto de su vista.
Y como con gran cortejo
estuvo allí cuatro dias,
en vivo fuego abrasado;
y por mitigar sus iras,
una noche á media noche,
hizo la accion atrevida
de arrojarle á su retrete,
camarin donde dormia.
Con una llave maestra,
una falsa puerta abria,
la Duquesa está rezando,
y apenas vió su osadia,
descolgando dos pistolas,
de esta suerte le decia:
Reportese vuestra Alteza,
que á su perdicion camina;
ó vive Dios que en su pecho,
tiene de ver esculpidas,
de estos incendios de fuego,
sus balas insensitibas.
Por donde entró vuestra Alteza,
retírese á toda prisa.
Pero el Príncipe responde:
Cese, Isabela querida,
cesen, mi Duquesa hermosa,
tus bien concertadas iras,
qué mas balas que tus ojos!
qué mas rayos que sus niñas!
de Albania la Real Corona
hoy á tus plantas la miras,
tu has de ser Reina, Duquesa,

aquesta mano lo afirma,
mano, y palabra te doy,
y tambien cédula escrita,
con mi Sello Real firmada,
si es, que así mi fe acreditas.
Era el Príncipe galan,
y la Duquesa, que via
su noble resolucion,
y Corona, que le brinda;
todavía no contenta,
le dice: Príncipe, mira
lo que emprendes en dejar
á la Princesa mi prima,
ofendiendo á Dinamarca,
lo que resultar podia.
Este es mi gusto, Duquesa,
aunque el mundo se arda en iras
tu has de ser Reina Isabela,
esto mi fé lo publica.
No estoy, Príncipe contenta,
entra en mi Oratorio, y mira,
que me jures la palabra,
ante la Imagen Divina
de este hermoso Crucifijo.
Y el Príncipe de rodillas,
juró por aquella Imagen
la palabra prometida.
En su cámara le entra,
donde entre dulces delicias,
logró cumplir su deseo,
que tanto lo apetecia.
Mas el correo del gusto,
tan velózmente camina,
que dentro de breve rato
se desaparece á la vista.
Entre los tiernos arrullos,
quedó Isabela dormida;
vistióse el Príncipe al punto,
y la Duquesa tenia
sobre su bufete puesta
una carta medio escrita
de cariñosos requiebros,
que de esta suerte decia:

Glorioso Capitan mio,
mil abrazos dar queria
en lugar de parabienes
á tu dichosa venida.
Esta era para su hermano;
pero el Príncipe entendia,
que seria algun amante
que la Duquesa tenia.
Arrepentido, y celoso,
tomando postas aprisa,
á Dinamarca se parte,
dejando esta flor marchita:
Cuando despertó Isabela,
que sus criados le avisan,
que el Príncipe por la posta
caminaba á toda prisa,
aqui fueron los suspiros,
las lágrimas, y fatigas,
y de su rubia garzeta,
arranca las hebras finas.
De sus galas se despoja,
y de luto se vestia:
todo de negras bayetas
su Palacio lo cubria,
y metida en su Oratorio,
está de noche, y de dia.
Volvamos al Conde, que,
entre congojas no vistas,
á su Palacio llegó;
y en lugar de telas finas,
miró todas las paredes
de negro luto vestidas;
preguntó, es muerta Isabela?
Y los criados le avisan,
no señor, que el Oratorio
es su cámara, y su quinta.
Entró el Conde á su Oratorio,
y la Duquesa dormida
estaba junto á el Altar
de negro luto vestida;
y entre sueños, y congojas,
tristemente repetia:
Rey Soberano, y Eterno,

justicia, Señor, justicia
á Vos ha sido la ofensa,
y el ampararme os precisa.
Ese Príncipe Albanés
con la palabra benigna,
que ante Vos me dió, gozó
de mi castidad invicta;
y si mi hermano lo sabe,
tendrá fin mi triste vida.
Oyendo su agravio el Conde,
mano á la daga ponía,
diciéndole, fiera, ingrata,
pagarás tu demasia;
mas á tiempo de ir á darle,
de la Cruz se desprendia
aquel Señor Soberano,
y el impulso detenía:
la daga se cayó al Conde,
é hincándose de rodillas,
el prodigio le suspende,
y su culpa le horroriza.
Despertando la Duquesa
vió el amparo, y se confía
en el Señor Poderoso
que aplacó tan nobles iras.
Contó el suceso á su hermano,
y el Conde le ha dicho, aprisa
desnúdense esas paredes,
vistanse de telas ricas,
ponte tus mejores galas,
y á Dinamarca camina,
que mientras ciño esta espada,
nada á mi me atemoriza.
Dejémoslos caminar,
y vamos á la alegría,
las fiestas, y los torneos,
que en Dinamarca se hacian,
á celebrar, aplaudiendo
del Principe la venida.
La boda se dilató
porque la Princesa invicta,
estaba un poco indispueta,
de graves melancolias;

y solo por alegrarla,
discurrieron cierto día
unos torneos de gala,
y con garvo, y gallardía,
el Príncipe salió en ellos;
mas á la primer corrida,
se le desbocó el caballo,
válgame Dios, qué desdicha!
Midió la tierra infelice,
y socorriéndole aprisa,
sin sentido lo llevaron
á Palacio, y la caída
tanto le atormentó el pecho,
que así estuvo medio día,
de Físicos rodeado,
y con nobles medicinas.
En esto al Rey le avisaron,
como á Palacio venia
el Conde con la Duquesa,
su sobrino, y su sobrina.
Salió el Rey á recibirlos,
y contando la desdicha
del Príncipe, dijo el Conde:
Pues gran Señor, mi venida,
solo es á pedirlos campo
contra quien me tiraniza
el honor con falsedades,
con promesas, y mentiras.
Contóse en fin, el suceso,
y el Rey suspenso se admira.
En esto el Príncipe vuelve
al poder de medicinas;
y cuando vió á la Duquesa,

le dice: Prenda querida,
tu eres Princesa de Albania,
aunque yo pierda la vida.
En el otro mundo he estado,
y aquella Imagen Divina,
ante quien te di palabra,
muy enojado me avisa,
que te cumpla lo que debo,
si no quiero ver sus iras:
Con que mi Esposa has de ser,
aunque me cueste la vida.
El Rey replicó, pues cómo
desairada queda mi hija?
Y la Princesa responde,
mostrando grande alegría:
Esposo tengo yo, Padre,
tan bueno, y de tal estima.
Quién es? le pregunta el Rey,
el Conde hincó la rodilla,
y en breve le ha dado cuenta
de sus venturosas dichas,
de su lealtad, y nobleza,
y valor, que le acredita.
Con que toda Dinamarca
con júbilos, y alegrías,
celebraron las dos bodas,
que se hicieron en un día.
De tan peregrino caso,
tuvo Bermudo noticia,
y dió á la Prensa estos rasgos,
y al Auditorio suplica,
que perdonen de su pluma,
las faltas que aquí se admiran.

FIN.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro.